

la plaza estaba resuelta á defenderse y que opondría la resistencia que era de esperar de su fuerza natural y de los bríos de los que allí tenían mando. Careciendo el mariscal Mortier de todo lo necesario para un asedio, tomó una fuerte posición junto al Guadiana y se puso en comunicación con el segundo cuerpo del general Reynier apostado primero junto al Tajo y avanzando ahora hasta Trujillo.

Por su parte el general Sebastiani, ahuyentando con su cuarto cuerpo los restos de las tropas de Areizaga, entró sucesivamente en Jaén y Granada y asomó después delante de Málaga, donde el pueblo furioso anunciaba una violenta resistencia; pero asaltando súbito la ciudad una vanguardia de caballería y de infantería ligeras, comprimieron los furiosos del populacho y alcanzaron la pronta rendición de aquel puerto de mar importante. Así el cuarto cuerpo se podía prometer un establecimiento pacífico en el reino de Granada.

Por desgracia hacia Cádiz, punto el más importante de todos, distaban mucho de tomar tan favorable sesgo las cosas. Los ministros del rey José habían escrito á varios individuos del gobierno y á diferentes generales, que aun en Sevilla parecían dispuestos á rendirse, cansados como estaban de una guerra devastadora y de las interminables disensiones civiles; pero contenidos por todo lo que les rodeaba al presente, ya no respondían más que de una manera vaga y poco satisfactoria. Respecto de los habitantes de Cádiz, muy confiados en la fuerza natural de su ciudad y en el apoyo de las tropas inglesas que tenían seguro, no es maravilla que pudiesen soltar la rienda á sus pasiones, replicar á las intimaciones de los franceses con ofensivas baladronadas, agitarse, dividirse, degollarse unos á otros y todo casi impunemente.

Allí se había formado una junta insurreccional y apoderándose de la defensa de la plaza. Ufana esta junta de ver á Cádiz transformada en sede del gobierno de España, no maltrató á la Junta central á la manera que lo hicieron los habitantes de Sevilla, antes bien proporcionó todo lo preciso para que hiciera allí morada, y acogió perfectamente á todos los personajes civiles y militares de nota que buscaron asilo dentro de sus muros. A estos importantes refugiados políticos juntáronse el duque de Alburquerque con su división y las tropas que desde Almadén se habían retirado á Córdoba y desde Córdoba á la isla de León. Sin entregar el grande arsenal de la Carraca á los ingleses ni abrir la rada interior á su escuadra, les abrió la exterior la junta de Cádiz y consintió en recibir cuatro mil soldados suyos dentro de la plaza. Teniendo ya diez y ocho mil españoles sobre las armas entre los de la ciudad y la isla y además el gobierno y las cortes, cuya reunión estaba cercana, no temía verse expuesta á una dominación incómoda por parte de los ingleses ni menos á ver pasar á sus manos las riquezas de la marina española.

Con tales recursos no podía Cádiz pensar en rendirse. Allí fermentaban las pasiones más vehementes, y todo el movimiento político interrumpido en Sevilla por la llegada de los franceses iba á continuar en Cádiz con una violencia más grande y al abrigo de obstáculos naturales y militares casi insuperables.

El primer efecto de este movimiento, proseguido y acelerado, debía ser y fué la disolución de la Junta

central, pues convencida ella misma de la imposibilidad de conservar el poder por más tiempo, se determinó á resignarlo. Entre universales aplausos de los habitantes y de los refugiados de Cádiz convocó inmediatamente las cortes, estableció la forma de la convocatoria y nombró una regencia para que tuviera el poder ejecutivo á su cargo. Esta regencia se compuso de cinco miembros, el obispo de Orense, espíritu mediocre y fanático; el general Castaños, personaje hábil y de buen seso, aunque más hábil en eludir las dificultades que en resolverlas; el consejero de Estado D. Francisco de Saavedra, antiguo funcionario, muy versado en materia de administración española; un marino de fama, D. Antonio Escaño, y un español de las colonias de América, D. Miguel de Lardizábal, llamado á representar en el gobierno á las provincias ultramarinas. Después de estos dos actos disolvióse la Junta, y no apreciando ni remotamente su desinterés los que la perseguían furiosos, agobiaron á sus individuos con los peores tratamientos, llegando al extremo de detener á algunos y de registrar sus equipajes para ver si llevaban fondos del Estado, ultraje inmerecido á todas luces, pues se les reputaba generalmente como varones muy honrados.

Apenas instalada la nueva regencia apoderóse del mando, y bien ó mal hizo con la junta de Cádiz la división entre las atribuciones locales y las gubernamentales, y manifestó hartó á las claras el deseo de retardar la convocación de las cortes. Pero el pueblo de Cádiz quería la reunión próxima de esta asamblea, los refugiados la anhelaban del mismo modo; y á fin de hacerla más segura se estableció que para las provincias ocupadas por los ejércitos franceses, se verificaran las elecciones en Cádiz mismo con intervención de los refugiados; todo á fin de que en el mes de marzo se pudieran abrir las cortes tan deseadas.

Tal era la situación de las cosas cuando el primer cuerpo á las órdenes del mariscal Víctor llegó delante del canal de Sancti Petri, dos ó tres días después de la entrada de los franceses en Sevilla. Si se hubiera presentado á las puertas de Cádiz con fuerzas imponentes cuando el gobierno, los ejércitos y los espíritus más fogosos se encontraban aún en Sevilla, quizá hubiera logrado sorprender la plaza y determinar la rendición de ella. Mas locura fuera esperarla después de haber tenido espacio para abrigarse detrás de sus muros los miembros de todos los poderes, tropas numerosas y las cabezas más exaltadas y después de haber acudido allí también los ingleses. Así, á pesar de algunos tratos secretos, las respuestas públicas fueron altaneras y hasta ultrajantes, y hubo necesidad de resolverse á hacer los preparativos de un largo y difícil asedio.

Todo el mundo conoce la posición de esta gran plaza marítima, centro del antiguo poder naval de España y asentada en las bocas del Guadalquivir, cual lo está Venecia en las del Po y el Brenta. Una especie de roca algo elevada, que domina al mar algunos centenares de pies y termina en meseta en todos sentidos, cubierta de numerosas y ricas habitaciones, forma la misma ciudad de Cádiz, y luego por una angosta lengua de tierra llana y arenosa se junta á las numerosas lagunas que se extienden á lo largo de la costa meridional de España. Forma la rada interior el espacio comprendido entre Cádiz y estas lagunas, unas cultivadas, otras cubiertas

de salinas y en medio de las cuales se eleva el famoso arsenal de la Carraca, comunicándose con la rada por muchos grandes pasos. Siempre en torno de estas lagunas, un canal ancho, profundo, tan difícil de cruzar como un río, extendiéndose desde Puerto Real hasta el castillo de Sancti Petri, separa de la tierra firme este conjunto de establecimientos, excepto el cuerpo mismo de la Carraca, y señala el límite detrás del cual se halla lo que se denomina la isla de León. Por consiguiente, para señorear esta isla y la ciudad de Cádiz había que pasar á viva fuerza el canal de Sancti Petri, delante de un ejército contrario y á pesar de las numerosas escuadrillas de los españoles y de los ingleses, y que avanzar luego por entre las lagunas y salvando una porción de fosos, todos de muy fácil defensa, y que conquistar uno tras otro los edificios de la Carraca situados más allá del canal, y que marchar, en fin, sobre la lengua de tierra que conduce á la roca de Cádiz, tomando por medio de un ataque regular las fortificaciones de que está cubierta.

Es verdad que desde algunos puntos salientes de la playa, como el del Trocadero, situado á la derecha y fuera del canal de Sancti Petri, se podían arrojar proyectiles incendiarios sobre Cádiz, y cabía quizá ahorrarse de este modo un ataque regular y directo; pero esta era operación muy difícil, muy dudosa y que exigía previamente otras muchas. Ante todo había que apoderarse del Trocadero para restablecer el fuerte de Matagorda, desde donde era posible disparar sobre Cádiz: luego había que levantar á lo largo del canal de Sancti Petri una serie de pequeños campos atrincherados para formar la línea de ataque á la isla de León; además se necesitaba traer de Sevilla la artillería indispensable para estas diferentes obras, y aun fundirla en parte en el arsenal de aquella ciudad, pues la que allí existía no era de bastante fuerte calibre, faltando morteros de grande alcance y siendo menester crearlos; finalmente, no se podía menos de tener una escuadrilla, ya para salvar el canal de Sancti Petri, ya para cruzar la rada interior en el momento del ataque decisivo, ya también para mantener á distancia las escuadrillas enemigas que no dejarían de presentarse á estorbar los trabajos de los sitiadores y á cañonear sus obras. En Puerto Real, en el Puerto de Santa María y aun en la Carraca (en la parte más acá del canal) había elementos para una escuadrilla, bien que los españoles, al aproximarnos á aquel punto, hubiesen hecho pasar todos los buques de la rada interior, adonde podíamos llegar con proyectiles, á la rada exterior que estaba fuera del alcance de nuestros fuegos. Independientemente del material de esta escuadrilla, teníamos en los marineros de la guardia un personal del todo organizado para tripularla; pero requería mucho tiempo la reunión de estos diferentes medios de ataque, y además en todos los espíritus influía una consideración de gran bulto, ya que se ocupaba la inmensa comarca que de Murcia se extiende á Granada, de Granada á Cádiz, de Cádiz á Sevilla, de Sevilla á Badajoz; era que nuestro hermoso ejército, dos veces más numeroso por lo menos que el que hubiera sido menester para invadir el Mediodía de España, difícilmente bastaría para guardarlo. Con sus veinte mil hombres apenas tenía el mariscal Víctor con qué formar la embestida á la isla de León y con qué contener

á la guarnición de esta isla, más numerosa aunque por dicha menos valiente que el primer cuerpo, y si tenía bastantes tropas con que preparar el asedio, no podía tenerlas de modo alguno para ejecutarlo. Obligado el quinto cuerpo del mariscal Mortier á guarnecer á Sevilla y á mantener un cuerpo de observación delante de Badajoz, había de hallar grandes dificultades en el cumplimiento de esta doble tarea. No tenía un soldado de más el general Sebastiani en el cuarto cuerpo, precisado á sostenerse en Málaga, á ocupar á Granada y á hacer cara á los *insurgentes* de Murcia, á quienes daban apoyo los valencianos. Toda la división del general Dessoles, apostada en las gargantas de Sierra Morena para mantener expeditas las comunicaciones, hacia falta, pues además de aquellos desfiladeros tenía que guardar á Jaén, que dominaba el camino de Granada, y las llanuras de la Mancha, que era menester cruzar para dirigirse á Madrid. Y también en Madrid, donde sólo se habían dejado algunos españoles y los enfermos, se necesitaba de una guarnición de franceses. De la división de Dessoles tenía que salir sin remedio, con lo cual iba á tener á cargo dos atenciones á riesgo de no poderlas cumplir de plano. Por último, el segundo cuerpo á las órdenes del general Reynier y situado junto al Tajo entre Almaraz, Trujillo y Alcántara, no podía ser retirado sin imprudencia de aquel punto, dado que por allí habían pasado los ingleses el año anterior para dirigirse desde Abrantes á Talavera. Todo lo más que se podía hacer, dejando este cuerpo junto al Tajo, era llevarlo más adelante hacia Portugal, si un ejército francés se adelantaba sobre Lisboa, y hasta juntarsele podía; pero entonces todo el curso del Tajo, desde Madrid hasta Alcántara, quedaría á merced de los numerosos partidarios de Ávila, de Salamanca, de Plasencia y de Extremadura. Véase, pues, este ejército numeroso y brillante, el más valiente de los del imperio, sin otro rival que el cuerpo del mariscal Davout en Hannover, con cerca de ochenta mil hombres, que diseminados en las provincias de Granada, de Andalucía, de Extremadura, hasta el punto de no tener en parte alguna bastante fuerza, ya no podían prestar ayuda al ejército que fuera á operar en Portugal contra los ingleses. Por consiguiente, la esperanza de poder enviar algunas de sus tropas á Lisboa, que hizo consentir á Napoleón en la expedición á Andalucía, iba á quedar frustrada muy pronto, y á ceder su puesto al temor de ver que todos aquellos soldados fueran insuficientes para conservar la Andalucía.

Con efecto, ya la guarnición de Cádiz se movía y presentaba cabezas de columnas hasta el extremo de hacer recelar súbitas apariciones en tierra firme: las poblaciones medio salvajes de la Serranía de Ronda, aumentadas con los contrabandistas de Gibraltar, recorrían y talaban el campo todo, y los cuerpos refugiados en Badajoz y unidos á un fuerte destacamento de ingleses probaban con sus movimientos que los españoles en ninguna parte querían permanecer ociosos.

Gobernando la nueva regencia la *insurrección* desde el centro de las lagunas de Cádiz, dispuso que el marqués de la Romana se encargara del mando de las tropas de Extremadura acampadas en torno de Badajoz: también llamó al general O'Donnell en lugar suyo, y le puso á la cabeza del ejército del centro, cuyos restos se

habían refugiado al reino de Murcia con el general Areizaga. Blake debía juntarlos y dirigir, de concierto con la guarnición de Cádiz, expediciones á Granada, Sevilla y dondequiera que pudiese, á fin de sostener las guerrillas de Ronda. Hay que añadir que se había frustrado la doble diversión ordenada sobre nuestras alas para empujar al mariscal Ney sobre Ciudad Rodrigo y al general Suchet sobre Valencia.

A una vana alharaca se había reducido el orden irreflexivo dada al mariscal Ney de ir á atacar la importante plaza de Ciudad Rodrigo, sin artillería de sitio y á la inmediación de los ingleses, que habían marchado hacia el Norte de Portugal. Se hubo, pues, de limitar Ney á disparar contra los muros de la plaza algunas balas con su artillería de campaña, y á intimar la rendición al gobernador, quien le dió la respuesta que merecía tal tentativa. De resultas volvió á Salamanca. Por su parte el general Suchet, en la persuasión de que la orden de marchar sobre Valencia se había concertado con Napoleón y debía prevalecer sobre la de sitiar á Lérida, Mequinenza y Tortosa, avanzó en dos columnas, una á lo largo del mar, otra por las montañas de Teruel, y después de juntarse en Murviedro, se presentó á vista de Valencia, y hasta se apoderó del Grao y disparó balas contra la ciudad, que más de un informe pintaba como dispuesta ya á rendirse. Pero los valencianos por toda respuesta prendieron y persiguieron á los habitantes reputados por sospechosos ó adictos á la paz, y especialmente al arzobispo de Valencia, y opusieron una resistencia que no se podía vencer sino con artillería de grueso calibre. A toda prisa tuvo por tanto que retirarse el general Suchet hacia Aragón, y este era el segundo ejército de franceses (contando el del mariscal Moncey) que, después de asomar delante de Valencia, se veía obligado á retroceder sin haber podido forzar las puertas de aquella ciudad orgullosa. No maravilla que la exaltación de los valencianos se aumentara singularmente.

A pesar de todo, nada había que temer en Andalucía con el ejército allí reunido, y el mal, bien grave sin duda, consistía sólo en paralizar á ochenta mil viejos soldados. Por de pronto dominábase completamente de Murcia á Granada, de Granada á Córdoba, de Córdoba á Sevilla: sometidas se hallaban estas importantes ciudades y pagaban contribuciones: como rey se paseaba José de una en otra; y atrayendo la curiosidad en torno suyo cierta afluencia, proporcionándole el cansancio de la guerra algunas adhesiones, hacía un viaje que sus cortesanos llamaban triunfal y que á las personas sensatas parecía muy poco significativo. Hay que reconocer, sin embargo, que el movible é inconsecuente populacho de las ciudades detestando á los franceses y todo, aplaudía á este rey francés de manera de ilusionarle; y por eso sus aduladores no cesaban de repetir que se había acertado en pensar que con su gracia personal y su bondad alcanzaría más que Napoleón con sus terribles soldados, y que si le dejaban obrar con holgura sojuzgaría brevemente á la España; olvidando los que se explicaban de este modo que tenían en su rededor ochenta mil de aquellos terribles soldados para protegerlos y facilitar al rey José los medios de ensayar sus seducciones respecto del pueblo de Andalucía. Se mostraba, pues, José satisfecho, y el mariscal Soult se

lisonjaba de aumentar de esta suerte la suma de títulos que le hacían falta ante el severo tribunal de Napoleón, conforme era su creencia.

Pero mientras se congratulaban uno y otro de haber efectuado aquella expedición á Andalucía, arrancó de París un rayo que vino á trocar las alegrías de José en amargas tristezas. Se habían llenado los primeros meses de 1810 en España con la expedición de Andalucía, y á la sazón era cuando más arreciaban las graves disputas de Holanda. No sólo tenía Napoleón disensiones con el rey Luis, sino también con el rey Jerónimo respecto de Hannover y de las condiciones rentísticas inherentes á la cesión de este territorio. Fatigado de encontrar cerca de sus hermanos dificultades tan continuas, no sabiendo reconocer que en realidad no eran más que agentes pasivos de la resistencia de las cosas, se encolerizaba vehementemente contra ellos, y les imputaba, no tan sólo las faltas de que eran autores, sino las suyas propias; porque en suma, ¿quién sino él había creado los obstáculos con que tropezaba á cada paso, por querer tentar en todas partes lo imposible? Bajo estas disposiciones irritables, recibiendo sobre la corte de José porción de noticias, sobre el lenguaje que allí se usaba, sobre el sistema que se apetecía que prevaleciera, sobre algunas liberalidades para con ciertos favoritos, adoptó providencias muy duras y nada adecuadas á obviar la tarea de José en España. Desde luego le pareció muy mal que se hubiera distraído el general Suchet del sitio de Lérida para hacerle ir contra Valencia sin artillería de grueso calibre, lo cual expuso al ejército francés á presentarse á vista de los muros de aquella ciudad dos veces y en vano; y de resultas reprendió á José y aun al general mismo, prohibiéndole obedecer á otra autoridad que la de París de allí adelante. No menos desaprobó el imprudente avance que se hizo efectuar al mariscal Ney sobre Ciudad Rodrigo, y ahora achacó también la culpa al estado mayor de Madrid que había prescrito este movimiento. Pero distaron mucho de parar aquí las muestras de enojo.

Sobre toda ponderación le había desagradado ver dar dinero, por poco que fuese, á favoritos, cuando dondequiera se carecía de recursos. «Puesto que hay, decía, de qué dar á ociosos, á intrigantes, debe de haber con qué sustentar á los soldados que por el rey José prodigan su sangre; y puesto que no se puede proveer á sus necesidades, voy á hacerlo yo por mi propio.» Dicho esto, convirtió en gobiernos militares á Cataluña, Aragón, Navarra, Vizcaya, que comprenden las cuatro provincias á la izquierda del Ebro: dispuso que en estos gobiernos ejercieran los generales en jefe la autoridad, tanto civil como militar; que percibieran todas las rentas por cuenta de la caja del ejército, y no tuvieran con la autoridad de Madrid relaciones de obediencia ni de contabilidad, sino de deferencia aparente. A él solo debían los jefes de los cuerpos Augereau, Suchet, Reille, Thouvenot dar cuenta de sus actos, y de él solo habían de recibir sus instrucciones. Después de tomar así posesión militar de los territorios situados á la izquierda del Ebro, escribió Napoleón secretamente á cada uno de aquellos generales con el fin de revelarles su verdadero pensamiento, que era agregar la orilla izquierda del Ebro á Francia, para indemnizarse de los sacrificios que hacía para asegurar la corona de España sobre las

sienes de su hermano. Sin embargo, no queriendo anunciar aún este proyecto, les recomendó la mayor discreción; bien que para el caso en que de Madrid se les enviaran órdenes contrarias á las de París, autorizóles á decir que se les había vedado obedecer al gobierno español, é intimado no obedecer más que al gobierno francés. Semejante resolución era muy grave, no solamente para España, sino también para la Europa. Con efecto, parecía que Napoleón, insaciable tanto en la paz como en la guerra, cuando no conquistaba con su espada, quería conquistar con sus decretos; acababa de reunir al imperio la Toscana, los Estados romanos, la Holanda: sin decirlo, pensaba entonces en hacer lo mismo con el Valais y las ciudades anseáticas; y agregar á estas adquisiciones el lado opuesto de los Pirineos hasta el Ebro, equivalía á decir al mundo que nada podía estar libre de su codicia, y que toda tierra sobre la cual fijaba su terrible mirada era tierra perdida para su poseedor, aun cuando este poseedor fuera hermano suyo. ¡Extraña irrisión la de pretender que la izquierda del Ebro viniera á ser compensación de los gastos de Francia en España! Sin duda, y salvos los justos recelos de España y de Europa, se hubiera podido concebir que si Napoleón dejara á Fernando su trono y le ayudara, por ejemplo, á conquistar el Portugal de los ingleses, le pidiera por vía de indemnización la izquierda del Ebro; pero imponer á España una dinastía á pesar suyo, forzar á esta dinastía (pues José no se hallaba menos violentado que los españoles) á reinar, y exigir después á una y otra que pagaran este beneficio con una desmembración de territorio, era una verdadera locura de ambición; era agregar á las numerosas causas que excitaban el odio de los españoles contra nosotros otra causa más poderosa que todas, la de ver aquella península, tan cara á su corazón, invadida, fraccionada por un ambicioso vecino, que, después de haberles privado de su dinastía, les privaba también de parte de su territorio; era en fin, reducir á la desesperación y lanzar para siempre á las filas de la insurrección á todos aquellos que, animados de la esperanza de mejorar de sistema, y sintiendo vivamente la necesidad de una regeneración política, se habían adherido á la nueva dinastía por un momento.

No era posible que por mucho tiempo se guardara el secreto encomendado á los generales sobre la agregación de las cuatro provincias á Francia. A falta de otra indiscreción, el establecimiento de los gobiernos militares en ellas hubiera bastado por sí solo para revelar el verdadero pensamiento de Napoleón, y con efecto, nadie cayó en engaño, como se verá muy en breve. Y no paró todo en esta providencia; pues Napoleón adoptó otras que limitaron á las mismas puertas de Madrid la autoridad de José. Además de los mandos ya mencionados, dividió en tres los ejércitos de operaciones, uno del Mediodía, otro del centro y otro de Portugal. Al frente del ejército del Mediodía puso al mariscal Soult, cuya conducta en Oporto había renunciado á investigar después de bien reflexionado, y le fió los cuerpos cuarto, primero y quinto, que ocupaban á Granada, Andalucía y Extremadura. Con la sola división del general Dessoles formó el ejército del centro y puso al rey José á su cabeza, debiéndolo engrosar los depósitos establecidos en Madrid generalmente. Por último, el de Portugal debió formarse, como se ha visto, de todas las tropas

reunidas ó por reunir en el Norte para marchar sobre Lisboa á las órdenes del mariscal Massena. Teniendo cada uno de los generales en jefe de estos ejércitos de operaciones la autoridad que corresponde al que manda una fuerza armada sobre el terreno donde opera, no debía de obedecer más que al ministerio francés, es decir, á Napoleón, que ya había tomado el título de generalísimo de los ejércitos de España y nombrado su mayor general al príncipe Berthier. Así José nada tenía que mandar á los gobernadores generales de las provincias del Ebro, nada á los jefes de los tres cuerpos de operaciones, y sólo tenía derecho de dar órdenes al ejército del centro como jefe suyo; pero este ejército era el menos numeroso y su tarea insignificante; se componía de veinte á veinticinco mil hombres entre sanos y enfermos, y no más que doce mil á lo sumo se encontraban en estado de llevar armas. No podía ser su autoridad más restringida y más de nombre, y ciertamente no era este el modo de realzarle á los ojos de los españoles. Tan severas como las prescripciones sobre la jerarquía militar fueron las relativas á la hacienda: á los ejércitos, que ocupaban las provincias del Ebro, se dieron las rentas que fueron allí recaudadas: sobre el país donde hicieran la guerra se habían de mantener los ejércitos de operaciones, y como era posible que no hallaran bastante numerario para su sueldo, consintió Napoleón en remitir solamente 2 millones mensuales. Por consiguiente, José, reducido ya en punto á mando á las tropas estacionadas en derredor de Madrid, iba á quedar reducido en punto á rentas á lo que se percibiera en Madrid igualmente, es decir, á las contribuciones de esta capital, y el odio que le profesaban los españoles, no por él, sino por la invasión extranjera, de la cual era representante, se iba á convertir en un sentimiento más formidable todavía, el del desprecio.

José recibió estas nuevas en Sevilla con extremada pesadumbre. ¿Qué decir ante estos actos á sus súbditos, tanto rebeldes como sumisos, tanto adictos como propensos á adherirse? Aun prescindiendo de su autoridad rebajada y expuesta á la arrogancia de los generales, la desmembración del territorio debía inspirar una verdadera desesperación á todos los españoles sinceros. Ya veían escapárseles las colonias; pero añadir á esta pérdida la de los Pirineos y las provincias á la izquierda del Ebro, era á la vez sufrir todas las calamidades. Además, el pretendido secreto había penetrado, así en las provincias insurreccionadas como en las sometidas; los enemigos triunfaban por esta desmembración próxima que justificaba su odio, y los amigos aparecían consternados, pues así se quitaba á su sumisión toda excusa. Hasta habiéndose consumado la regeneración de la monarquía, nada era á costa de la desmembración del territorio; fuera de que esta regeneración tan prometida se había limitado hasta entonces al estrago del país y á la efusión de sangre. Ofarril, Urquijo, Azanza, Almenara, que habían acompañado á José á Sevilla, estaban sumidos en pesar muy hondo. De este modo, como se ve á las claras, no era José mucho más feliz que Carlos IV confinado en Marsella, que Fernando VII prisionero en Valenzay, y que tantos otros reyes vencidos y destronados, unos privados de parte y otros de la totalidad de sus Estados.

Herido José por tan rudo golpe, no tuvo ya gusto

para permanecer en Sevilla, pues su presencia, precedida ó seguida de tales actos, no podría ejercer sobre sus nuevos súbditos el efecto que había esperado. Además, en Andalucía se hallaba sin autoridad alguna, siendo el mariscal Soult nombrado general en jefe del ejército del Mediodía, y necesitaba también acercarse á Francia para tratar con su hermano y exponerle las resultas probables de las providencias últimas que desde París había tomado. Partió, pues, con sus ministros, dejando al mariscal Soult dueño absoluto de Andalucía, y gozoso de desembarazarse de una autoridad real de nombre, que era más que importuna para su autoridad real efectiva. Así ochenta mil hombres, los mejores que hubo en España, acababan de ser paralizados para hacer, no á José, sino al mariscal Soult, rey de Andalucía.

José recorrió velozmente y sin fausto aquella comarca, donde poco antes daba paseos triunfales, y cruzando los desfiladeros de Sierra Morena, en que estaba acantonada la división de Dessoles, única fuerza activa que le quedase, aproximóla á Madrid, pues con los enfermos, los heridos, los depósitos, los del parque general, trenes y bagajes, y los españoles que tuvo la imprudencia de reclutar entre los prisioneros de Ocaña, apenas contaba con fuerzas bastantes para guardar la capital y sus menos lejanos alrededores. Dejó alguna infantería en las gargantas de Sierra Morena, uno ó dos regimientos de dragones para batir la Mancha, y concentró en Madrid las escasas tropas que pudo.

Tan pronto como retornó á su capital, donde, aunque vencedor en Andalucía, llevaba un pesar muy amargo, recibió de Sevilla las comunicaciones más extrañas. No considerándose el mariscal Soult bastante rico en tropas con los tres cuerpos que se le habían confiado, y que contenían lo mejor que había en España, se propasaba á pretender que dependieran de su mando cuantas tropas estuviesen en el distrito del Mediodía, y por consiguiente intimaba á la brigada situada entre Andalucía y la Mancha que se le acercara para recibir órdenes suyas. El general Lahoussaye á quien iban dirigidas estas intimaciones, respondió que dependía del estado mayor de Madrid, y que sin autorización de éste no podía abandonar el puesto que estaba ocupando. Le replicó el mariscal Soult acompañando sus órdenes con las amenazas más severas si no le obedecía: José mantuvo lo mandado, y prohibió al general Lahoussaye obedecer al mariscal Soult. Mientras mantenía tal disputa, experimentó un nuevo disgusto no menos penoso que los otros. Los generales que hacían mansión en el reino de León y Castilla la Vieja practicaban el principio sentado por Napoleón de que debía vivir cada ejército sobre la provincia que ocupaba, é imponían contribuciones sin que los agentes rentísticos de José intervinieran para nada y sin hacer de su autoridad ningún caso. Tan repetidos golpes humillaron á José hasta el último extremo. Habiendo ya pensado en dejar á Madrid y volver á Nápoles, ahora estaba pronto á abdicar sin la compensación más leve la pesada carga de la corona de España. Sostenido, no obstante, por sus ministros y por algunos hombres de su confianza, que no querían de ningún modo ver desaparecer al rey á quien se habían adherido, encargó á su esposa, residente en París, y á dos de sus ministros, los señores Azanza y Hervás, próximos á marchar á aquel punto, que negociaran con su

hermano para hacerle comprender que la pérdida de las provincias del Ebro le exponía al odio de los españoles, la reducción de su autoridad al desprecio, y que más valía retirarle desde luego de la península que mantenerle bajo tales condiciones.

Sin dureza, aunque con algo de desdén, recibió Napoleón á los ministros españoles; calificó de la manera más despreciativa la política de José, que se imaginaba que con dinero y sin soldados se podría sojuzgar á una nación implacable, á la cual no se podía pensar en tender la mano sino después de haberla abatido del todo: mostróse inflexible en lo relativo á la hacienda: declaró que le era imposible subvenir á los gastos de la guerra; que si no se pagaba á las tropas, se vería obligado á llamarlas: que no sabiendo ó no queriendo José sacar el dinero que había en España, menester era que él mismo lo hiciese por mano de sus generales; que además los vigilaría de cerca, obligándoles á que derramaran en el erario de José lo que les sobrara después de atender á las necesidades de sus soldados; que á mayor abundamiento quedaban á José para percibir contribuciones Castilla la Nueva, la Mancha, Toledo, provincias casi sometidas; que en subsidios enviados de Francia nada podía añadir á los 2 millones que había prometido para proporcionar la porción del salario, pagadera en dinero; que á lo sumo consentiría en que el ejército del centro, fiado á José, entrara á la parte de estos 2 millones; que no podía alterar la distribución de los diversos mandos; que se necesitaban dos grandes ejércitos, el del Mediodía y el de Portugal, para concurrir á la expulsión de los ingleses; que él solo era capaz de dirigirlos, y que, dejando entre ambos el del centro, había hecho todas las concesiones posibles, fiándolo á José para que lo empleara como le pareciese más oportuno; que en definitiva, los generales en jefe de los ejércitos activos no tenían autoridad más que en lo concerniente á las operaciones militares y al sostenimiento de sus tropas, siendo simplemente para todo lo demás huéspedes del rey de España, y debiéndole respetar como á monarca y hermano del emperador; que iba á reprender acremente á los que le habían faltado (al mariscal Soult sobre todo), pero que el mando militar debía ser absoluto y no compartido.

Relativamente á las provincias del Ebro, donde había instituido gobiernos, no disimuló Napoleón su proyecto de reunirlos más tarde á Francia, para indemnizarlas de sus gastos; bien que añadió que no lo haría sin resarcimiento, y que Portugal unido un día á España podría proporcionarlo excelente; pero que antes de cederle era menester conquistarle, y que para esto había que expulsar á los ingleses, y después de haberlos expulsado, arrancarles la paz, lo cual no era tan llano. Por de pronto reconoció la dificultad de instituir nada, el peligro de anunciar algo y la conveniencia del aplazamiento y del silencio. Tras de repetir en más de una ocasión estos discursos, Napoleón retuvo cerca de sí á los ministros de su hermano, y pareció como que anhelaba remitir su resolución sobre los puntos difíciles hasta después de los sucesos de la campaña de 1810 que, terminando quizá en el año la guerra, haría cesar las perplejidades de José y zanjaría dichosamente las cuestiones ya suscitadas. Así quedáronse en París los ministros españoles, á fin de negociar y de aprovechar

todas las coyunturas de influir sobre la inflexible voluntad de Napoleón.

Desde luego prometiéndoles éste aumentar con algunas tropas el ejército del centro; reconvino al general Soult por la manera de tratar al rey; se opuso á su pretensión de atraer á sí la brigada de la Mancha, y se ocupó en fijar definitivamente la marcha de las operaciones para 1810. Desdicha verdadera había sido no arrojarse de seguida sobre los ingleses desde el mes de febrero ó el de marzo, con todas las fuerzas disponibles, pues en el Mediodía de España podía empezar muy temprano la estación de las operaciones militares. Efectivamente, sin aguardar las tropas del general Junot, sólo con las divisiones de Reynier y Loissón, de las cuales una había servido para completar los antiguos cuerpos y la otra para engrosar el sexto del mariscal Ney, con la parte que había llegado de la guardia y además con los ochenta mil veteranos reunidos junto al Tajo después de la batalla de Talavera, posible hubiera sido marchar antes de los calores contra los ingleses y empujarlos vivamente hacia Lisboa. Pero diseminados ya los ochenta mil veteranos, que estuvieron acampados alrededor de Madrid, entre Bailén, Granada, Sevilla, Cádiz, Badajoz, para que el ejército de Portugal contara tropas suficientes había que esperar la llegada de todas las tropas que se encaminaban hacia los Pirineos. Por tanto no se podía hacer contra los ingleses una campaña de primavera, sino de otoño, pues durante el verano, sobre todo en el Mediodía de la península, por efecto de los calores, venían á ser casi imposibles las operaciones militares. Y aun así había que emplear fructuosamente los meses de mayo, junio y agosto. Viéndose Napoleón reducido, por consecuencia de la falta cometida en Andalucía, á una guerra más lenta, imaginó hacerla metódica, asediando las plazas antes de invadir á Portugal nuevamente. Ya se había acordado que el general Suchet sitiara á Lérida y Mequinenza, que el mariscal Augereau sitiara á Tortosa y á Tarragona, antes de que se marchara otra vez sobre Valencia. Además Napoleón determinó que, probando siempre á tomar á Cádiz, intentara el mariscal Soult apoderarse de Badajoz en la frontera de Portugal; que por su parte el mariscal Massena, mientras su ejército se formaba del todo, ejecutara los sitios de Ciudad Rodrigo y Almeida, que eran las llaves de Portugal por el lado de Castilla, y que, asegurados estos puntos de apoyo, se tomara la ofensiva por septiembre, marchando todos juntos sobre Lisboa, el mariscal Massena por la derecha del Tajo y el mariscal Soult por la izquierda. Con arreglo á este nuevo plan se debía dedicar todo á llevar los sitios á cabo; y así se expidieron órdenes para emplear las fuerzas en tal objeto con la mayor actividad posible.

Con efecto, el general Suchet emprendió desde abril la tarea que le estaba asignada, pues reparando prontamente la falta que se le hizo cometer al dirigirle contra Valencia, se trasladó á Lérida para ponerla cerco. El 10 de abril estableció su cuartel general en Monzón, á orillas del Cinca, punto donde había reunido de antemano el material de sitio, como artillería de grueso calibre, faginas, cestones y útiles de toda especie. Su cuerpo, cuyo efectivo ascendía á más de treinta mil hombres con la llegada de los nuevos refuerzos, no podía presentar más que de veintitrés á veinticuatro mil combatien-

tes. Cerca de diez mil dejó para guardar á Aragón, y con trece ó catorce mil marchó sobre Lérida con el propósito de embestirla por las dos orillas del Segre. En rigor bastaban estas fuerzas para el ataque de la plaza, bien que hubiera lugar á temer que fueran insuficientes si había que cubrir el asedio contra las tentativas muy verosímiles de fuera. Verdad es que Napoleón había ordenado á los dos ejércitos de Cataluña y Aragón, mandados por el mariscal Augereau y el general Suchet, que aprovecharan su proximidad para socorrerse uno á otro; por lo cual el mariscal Augereau debía cubrir los sitios de Lérida y de Mequinenza, mientras el general Suchet los llevaba á remate, y el general Suchet debía cubrir los de Tortosa y Tarragona, mientras el mariscal Augereau dedicaba sus fuerzas á ejecutarlos. Desgraciadamente el ejército de Cataluña, dividido entre mil diversos cuidados, ya ocupado en cubrir la frontera francesa, que las partidas llegaban á insultar cotidianamente, ya obligado á correr á Barcelona para socorrerla y avituallarla, ya en fin, llamado á Hostalrich, á cuya acometida se había dado principio, sólo conseguía á menudo faltar á estos distintos objetos por quererlos abarcar todos. Se hubiera necesitado á la vez el talento más ingenioso y más activo para llenar tantos deberes, y el anciano Augereau, sucesor del general Saint-Cyr, no era este raro talento. A la sazón hallábase delante de Hostalrich y no en las cercanías de Lérida. Solo llegó, pues, el general Suchet á vista de esta plaza, y no se alteró lo más leve, porque, sabiendo atender con oportunidad ya á las operaciones del sitio, ya á la expulsión del ejército que llegara á turbarlo, se lisonjeara de dar cima á la doble tarea que le estaba fiada.

Célebre es la plaza de Lérida en la historia; pues desde César hasta el gran Condé ha representado un papel importante en las guerras de todos los siglos. No pudo el gran Condé tomarla, como nadie ignora: ganóla el duque de Orleans en la guerra de sucesión de España, y podíase fracasar en esta empresa sin que nada hubiera de extraordinario. Asentada está la ciudad á la orilla derecha del Segre, que corre perpendicularmente hacia el Ebro y le lleva lo menos la mitad de las aguas de la cadena de los Pirineos. Se halla Lérida al pie de una roca sobre la cual se alza un castillo, construído entre la cima y el Segre, y las aguas de este río defienden la plaza por una parte de su frente y los fuegos de alto abajo del castillo por las otras. Cortada casi á pico la roca donde el castillo se levanta, no es accesible sino hacia el Sudoeste por una cuesta algo suave que se prolonga más allá de la ciudad; pero hacia el extremo esta cuesta se hace agria de pronto y presenta diversos puntos salientes, en los cuales se habían alzado el fuerte de Garden y los reductos de San Fernando y el Pilar, de modo que el mismo lado accesible del castillo se hallaba defendido por excelentes obras. Bajo el fuego del castillo había, pues, que tomar la plaza, y después de la plaza el castillo, forzando las obras que defendían el aproche, á menos que por un ataque bien entendido se dirigiera el asedio de modo que arrastrara la caída de la ciudad y del castillo casi al mismo tiempo, y realmente un buen método de operaciones podía producir este doble fruto casi el mismo día.

Dentro contenía la ciudad diez y ocho mil almas de una población fanática, y además una guarnición de